

MIGUEL HERNÁNDEZ EN LA ESTÉTICA DE LAS VANGUARDIAS Y EL 27

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

Hace ya muchos años, en 1968, Juan Cano Ballesta, uno de los más fieles e inteligentes estudiosos de Miguel Hernández publicó un artículo, titulado “La renovación poética de los años treinta y Miguel Hernández”, en EE. UU¹. En él señalaba interesantes conexiones del joven poeta de Orihuela con las últimas corrientes poéticas que estaban surgiendo en España en los años en los que el poeta viaja a Madrid. Miguel, como han relatado los biógrafos con todo detalle, se integró pronto en el mundo literario madrileño e hizo amistad inmediata con los más avanzados poetas del momento. Primero, Vicente Aleixandre, y a partir de la llegada a Madrid de Pablo Neruda, el poeta chileno sería uno de sus más admirados mentores. Miguel estaba ya, tras su etapa gongorina y calderoniana, correspondiente a sus libros *Perito en lunas* y *Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras*, su auto sacramental, en contacto con la generación surgida de las vanguardias y que en este momento triunfa en el mundo literario.

Si recorremos el álbum fotográfico de Miguel Hernández lo vemos en diferentes reuniones y banquetes reunido con los poetas del 27. Un ejemplo lo constituye la fotografía realizada en la Hostería Cervantes de Madrid durante el banquete homenaje al pintor Hernando Viñes, el 13 de mayo de 1935, en la que se reúne Miguel con diversos componentes de la generación del 27 y de la Escuela de Vallecas. En primera fila se distingue a Alberto Sánchez, Delia del Carril (la mujer de Pablo Neruda), Hortelano, Pilar Bayona, Hernando Viñes y su mujer, Pepín Bello, Santiago Ontañón, María Teresa León, Gustavo Durán y la señora de Dorronsoro; mientras que de pie están José Caballero, Eduardo Ugarte, E. Thais, Adolfo Salazar, Alfonso Buñuel, Federico García Lorca, J. Vicens, Luis Buñuel, Luisa Condoy, Acario Cotapos, Rafael Alberti, Guillermo de Torre, Miguel Hernández, Pablo Neruda y Sánchez Ventura ².

Del mismo 1935 es la foto del banquete homenaje a Vicente Aleixandre con motivo de su Premio Nacional de Literatura por *La destrucción o el amor*. En la foto figuran poetas de dos generaciones inmediatas y junto a Miguel Hernández, el primero de la izquierda están Juan Panero, Luis Rosales, Raúl González Tuñón, Luis Felipe Vivanco, Rafael Montesinos, Arturo Serrano Plaja, Pablo Neruda, Leopoldo Panero, Pedro Salinas, María Zambrano, Enrique Díez Canedo, Vicente Aleixandre, Delia del Carril, José Bergamín y Gerardo Diego ³.

Recuerda Cano Ballesta el texto que publicó en *El Sol* Juan Ramón Jiménez a raíz de la aparición en *Revista de Occidente* de la “Elegía” a Ramón Sijé y algunos sonetos adelantados de *El rayo que no cesa*. Es interesante recordar el brevísimo texto de Juan Ramón y añadir algún comentario sobre dos o tres aspectos singulares, como no podía ser de otro modo, en un texto juanramoniano ⁴:

Verdad contra mentira, honradez contra venganza. En el último número de la *Revista de Occidente* publica Miguel Hernández, el extraordinario muchacho de Orihuela, una loca elejía a la muerte de su Ramón Sijé y seis sonetos desconcertantes. Todos los amigos de la “poesía pura” deben buscar y leer estos poemas vivos. Tienen su empaque quevedesco, es verdad, su herencia castiza. Pero la áspera belleza tremenda de su corazón arraigado rompe el paquete y se desborda, como elemental naturaleza desnuda. Esto es lo excepcional poético, y ¡quién pudiera esaltarlo con tanta claridad todos los días! Que no se pierda en lo rolaco, lo “católico” y lo palúdico (las tres modas más convenientes de “la hora de ahora”, ¿no se dice así?) esta voz, este acento, este aliento joven de España.

El texto aparece publicado en *El Sol* de Madrid, el día 23 de febrero de 1936, y contiene una lección dirigida a los poetas de la poesía pura para que aprendan del joven oriolano: tiene herencia (Quevedo) sin duda, pero también áspera belleza tremenda, elemental naturaleza desnuda. Recordemos que lo que ha leído Juan Ramón es solamente la “Elegía” a Ramón Sijé y los seis sonetos que publicó la *Revista de Occidente*, que fueron: “Por tu pie la blancura más bailable”, “Silencio de metal triste y sonoro”, “Si la sangre también, como el cabello”, “Fatiga tanto andar sobre la arena”, “Lluviosos ojos que lluviosamente” y “La muerte, toda llena de agujeros” ⁵. Poemas todos especialmente ásperos y de tremenda belleza. Pero lo que interesa es que las palabras de Juan Ramón van dirigidas a los poetas de la poesía pura para que advirtieran justamente por dónde venía el camino de la renovación. Sin duda, los aludidos era Pedro Salinas y Jorge Guillén, quienes a la altura de principios de 1936 eran objetivo de las críticas de Juan por su frialdad, por su falta de energía, que ahora ve renacer en Miguel Hernández, por lo menos en su elegía y en los sonetos que de él conoce a través de la revista orteguiana.

Y precisamente ahora nos vamos a referir a las relaciones y reacciones de Miguel Hernández con algunos de los máximos representantes de esa poesía pura a la que Juan Ramón se está refiriendo, y en concreto Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda y Rafael Alberti.

Y es que no son menos interesantes las referencias que encontramos en escritos de Jorge Guillén sobre Miguel Hernández, a quien, sin duda, distinguió con su afecto y admiración. Recordemos que, según testimonio de José Carlos Rovira ⁶, el joven Miguel Hernández, anterior a *Perito en lunas*, se ejercitaba y aprendía a escribir décimas, teniendo presente la edición de *Cántico* de 1928, publicada cuando Jorge Guillén era catedrático en la Universidad de Murcia. Es posible que algunos de los gestos más llamativos de los poemas de sus comienzos e, incluso, algunas de las octavas de *Perito en lunas* tengan mucho que ver con Jorge Guillén.

Juan Cano Ballesta, por su parte, destacó en diferentes ocasiones ⁷ la influencia de Jorge Guillén en algunas de las décimas que escribe Miguel Hernández en la época de *Perito en lunas*, Y, por si fuera poco, hay que volver a citar la actividad de traductor de Paul Valéry que Miguel emprende en esta época, por influencia, sin duda, de Jorge Guillén, que había traducido “Las granadas” de Paul Valéry en la revista *Verso y Prosa*, de Murcia, en el número 4, de abril de 1928 ⁸. Una de las octavas de *Perito en lunas* estará dedicada a las granadas. Miguel además tradujo “El remero” de Valéry (traducción que envió a Raimundo de los Reyes) y como lema de la primera octava de *Perito en lunas*, “Suícida en ciernes”, integró este verso de “El remero”: “Je m’enfoncé au mépris de tant d’azur oiseaux”. La octava “Sexo en instante 1” llevará un lema de Jorge Guillén. “¡Hacia ti que necesaria, / aún eres bella!”, de la décima de *Cántico* “Pasma del amante”.

Miguel había copiado de su mano algunos de los poemas más significativos del primer *Cántico*, según testimonio hace ya años José Carlos Rovira: “Sazón”, “Los amantes”, “Escalas”, “El manantial”, “Relieves”, “Tránsito”, “Esfera terrestre”, “Cunas, rosas, balcón”, “Los nombres”, “La tormenta”, “Presencia del aire”, “Niño”, y “Cima de la delicia”, mientras que en sus poemas de este tiempo, sobre todo en las décimas “Flor de almendro”, “Rosa entre páginas”, y “Azahares lunándome”, se advierte la presencia clara de Jorge Guillén. Cano Ballesta señalaba: “Como en las décimas de Jorge Guillén los versos dan acogida a un frecuente lenguaje abstracto: “abstinencia”, “diligencia”, “ociosidad”, “Inocencia”, “urgencia”, “dilación”. Pero lo que intenta el poeta de Orihuela es aplicar el sistema expresivo guillenaiano a su mundo rural y a sus experiencias de pastor”. Y en este sentido, recuerda Cano Ballesta que uno de los poemas que copia a mano “porque quiere recordarlo y releerlo y porque no tiene el libro” es uno que recuerda sus vivencias de pastor, del poema “Sazón” de *Cántico* ⁹:

El vaivén de la esquila
de la oveja que pace...
En su punto la tarde:
fina monotonía.

¡Polvareda de calma,
trasluz de lo plenario!.
¡Ahínco cabizbajo,
émulo de la hazaña.

La quietud se extrema
en el rebaño terco.
Acrece y guarda el tiempo
sus minutos, su hierba.

¡Lejanías en blanco
para la rumia grama!.
¡Horizonte, tardanza

del infinito espacio!.

En su punto la tarde:

fina monotonía.

El vaivén de la esquila

de la oveja que paze.

“Al seleccionar esta imagen de Guillén —recuerda Rovira—, el poeta de Orihuela está intentando muy pronto llevar su rebaño desde el ámbito de la literatura rural del principio, a los pastos de la poesía pura que lo atraen complementariamente a la hermetización barroca de este tiempo”. Naturalmente, como recuerda el profesor Cano Ballesta, en esta relación de discipulaje tiene mucha importancia que Miguel Hernández estaba muy relacionado con el grupo de la revista murciana *Sudeste* y del diario *La Verdad*, especialmente con Raimundo de los Reyes, que fue el editor de su primer libro *Perito en lunas*, publicado en la colección “Varietas” de *Sudeste* en Murcia en 1933 ¹⁰.

La respuesta de Jorge Guillén ¹¹ a esta admiración puede constatar en algunos de sus escritos, como, por ejemplo, en *Federico en persona* donde lo recuerda integrado en el grupo de amigos, “aquel Miguel Hernández, pastor gongorino y calderoniano”, o en el prólogo a las poesías completas de Miguel Valdivieso lo llama “el genial Miguel Hernández”. Pero, naturalmente, el mayor homenaje lo realiza en una espléndida composición poética, recogida en *Y otros poemas* ¹², composición que, sin duda, debía ser preferida de su autor, ya que también la incluyó en la antología comentada *El poeta ante su obra* ¹³, en la que glosa el poema y lo presenta señalando: “Otro homenaje al último poeta genial anterior a la Guerra Civil. Miguel Hernández fue un hombre de campo, un alma buena, un pastor genial”. El poema se titula “Miguel Hernández” y dice así:

Era el don de sí mismo
Con arranque inocente,
La generosidad
Por exigencia y pulso
De aquel ser, criatura
De fuego —si no barro,
O ya vidrio con luz que lo traspasa.

Así, de claridades fervoroso,
Encuentra fatalmente su aliado
Más íntimo más fiel
En ciertos cuerpos leves.
¡Palabras! Signos muy reveladores
Van alumbrando un más allá,, descubren
Un mundo fresco, gracia.

Este aprendiz perpetuo de las formas,

Pretéritas, actuales, ya futuras,
Es al fin absorbido
Por un grave tumulto
Que lo arroja al extremo de su dádiva.
Mujer, el hijo, lucha. Lucha atroz,
Límite esperanzado.

Genial: amor, poema.
Español: cárcel, muerte.

Y el comentario de Jorge Guillén:

El poema alude a su gran don expresivo, a la intensidad con que ahondó las palabras, “cuerpos leves”, aquel “aprendiz... de las formas”, que asimiló influencias del Siglo de Oro, Lope, Calderón. Después vino para aquella criatura de amor el “grave tumulto”, la “lucha atroz”, la cárcel, la muerte”.

Resulta emocionante y muy significativo encontrar en la correspondencia de Pedro Salinas y Jorge Guillén la noticia de la muerte de Miguel Hernández. El día 26 de noviembre de 1942, desde Wellesley, en Massachusetts, Guillén, en el centro de una de sus largas cartas, escribe con gran sentimiento de dolor y de admiración a su amigo ¹⁴:

Otra noticia, y ésta, en serio: he leído en los *Cuadernos Americanos* que el pobre Miguel Hernández murió el 28 de marzo en la cárcel, tuberculoso. ¡Otra víctima de la guerra civil! Me ha producido verdadera pena esa noticia: Miguel Hernández era, hasta ahora, el mejor de su generación.

Pero si este lacónico aviso es entrañable y sentido, la respuesta del impulsivo Salinas revela la indignación y la consternación que tal noticia le producía. Así, contesta a su amigo, desde Baltimore, el 12 de diciembre de 1942 ¹⁵:

¡Pobre Miguel Hernández! Otro caso de esos en que uno ha tenido que dar por muerto y resucitar luego a una persona, para acabar en lo peor. Todo idiota, idiota. ¿Por qué había de morir ese muchacho noblote y generoso, en una cárcel, cruelmente ayudado a morir, por no decir asesinado, por sus prójimos? Te diré que el franquismo si durante la guerra se me hizo odioso más se me está haciendo en la paz. Porque desapareció el consabido “calor del combate”, ahora ya la persistencia en esa política persecutoria y vindicativa, es fría infamia, mala entraña, nada más. Y ese mequetrefe que se titula el general cristiano, aun anda cortejado y halagado por unos y por otros en estos meses.

Muchos años más tarde, el 26 de septiembre de 1978, el propio Jorge Guillén, en una carta dirigida a José Carlos Rovira, acusando recibo, como era habitual en el gran poeta de *Cántico*, de un envío de un libro sobre Hernández, le reiteraba palabras de afecto que hemos hallado en otros textos guillenianos, poema incluido ¹⁶:

Y Miguel Hernández... Mire usted: poeta genial, genial esencialmente lo fue aquel pastor extraordinario. Han florecido excelente poetas en la posguerra española. Pero el último genial es Miguel Hernández. La gracia, la ternura, los hallazgos constantes, la situación patética: poeta único y a la vez popular en el más elevado sentido del término...

No es menos constante el interés de Gerardo Diego por Miguel Hernández. Posiblemente, uno de los escritos más reproducidos sobre *Perito en lunas* sea el que Gerardo Diego escribiera en 1960 para el temprano homenaje que le dedica la revista *Cuadernos de Ágora*, que editaba Concha Lagos en Madrid en los años cincuenta y sesenta. El número homenaje a Miguel Hernández es el correspondiente a noviembre-diciembre de 1960, es decir, al cumplirse el cincuenta aniversario del nacimiento del poeta oriolano. Fue uno de los primeros homenajes a Miguel, junto a los que en aquellos mismos meses publicaran la revista *Ínsula* y la revista *Caracola* ¹⁷. Contó éste con colaboraciones de Vicente Aleixandre, Concha Zardoya, Carmen Conde, Vicente Gaos, Luis Felipe Vivanco y Carlos Bousoño, entre otros.

El texto de Gerardo Diego formó parte también de los programas de Radio Nacional de España que emitía el poeta cántabro para Hispanoamérica con el título de *Panorama poético español*, radiado el día 21 de noviembre de 1960. Conservamos ese texto en el archivo familiar de Gerardo Diego y es idéntico al publicado en *Cuadernos de Ágora*. Actualmente lo podemos leer en las *Obras completas* de Gerardo Diego ¹⁸, y antes en la recopilación de María de Gracia Ifach, para “El escritor y la crítica”, de la editorial Taurus ¹⁹.

El artículo es una de las muestras de comprensión del arte y del estilo del poeta inicial más conseguidas de toda la bibliografía de Miguel Hernández. Y es porque quien hacía el comentario, casi treinta años después de haber conocido el libro, era la persona que con mejores títulos podía hacerlo. Y lo hace, en efecto, en su total integridad: comienza por la sorpresa del título, que si bien podría relacionarlo por la luna con el romanticismo, en realidad con quien señala el parentesco es con el mundo del campo, tan presente en el libro y en el poeta. Y así lo advierte inmediatamente Gerardo Diego: “El nuevo poeta venía del agro y al campo debe lo fundamental de su inspiración y la razón de ser de su arriscada personalidad artística”. Le interesa igualmente la estructura del libro, al que considera en realidad como un poema unitario con cuarenta y dos estrofas separadas por números romanos. Y, sobre todo, lo que más le llama la atención es la relación del libro con el momento estético en que se produce, cuando la vuelta de Góngora ya se ha consolidado y está dando sus frutos. Y señala que junto a Góngora y Calderón, los maestros de este libro son Jorge Guillén, Lope, Quevedo, Lorca, Neruda y Aleixandre. Y evocando versos del propio Hernández concluye:

Pero Miguel se incorpora toda inicial influencia con tal asumidora personalidad que queda su poesía triunfante y novísima, su metal de voz hirviente y sonoro, su ritmo propio y restallante, campeando en el cielo de la mejor poesía española.

Pero lo que más interesa a nuestro crítico y poeta es dejar clara y solucionada la cuestión de las imágenes y metáforas en el primer libro de Miguel. Y espontáneamente surge la mención del creacionismo, para negar inmediatamente su adscripción al movimiento de vanguardia basado en la imagen creada y autónoma, y a continuación adscribirlo al gongorismo de la imagen y la metáfora sin anécdota, sin posibilidad de ser imagen creada:

No es esencialmente creada la poesía de *Perito en lunas*, es, como en Góngora o en Guillén, alusiva y antianecdótica, aspirante a la poetización por la esencia en un proceso que marcha de lo concreto a lo abstracto. De donde se deduce que para gozarla plenamente hay que entenderla y para entenderla hay que saber recrear en sentido inverso el sendero recorrido por el poeta. Si no, nos quedamos a oscuras aunque nos halague el juego de imágenes vagamente sugeridoras y verbales.

Surge pronto la idea de que las octavas son acertijos, género poético de gran tradición en la literatura española cultivado hasta por Pedro Salinas en algunos poemas de sus primeros libros, la etapa de *Fábula y signo*, aunque Salinas siempre revela al final el resultado, y pone como ejemplo la octava dedicada a las granadas, con sus juegos de color rojo relacionados con la política soviética, para Gerardo Diego, tan actual y tan viva en el año 1933. Y la conclusión, tan justa como ecuánime, y tan certera, como es habitual en Gerardo Diego:

Suele despreciarse este libro primerizo por considerarlo indigno del gran Miguel Hernández, del poeta todo arrojo y corazón y audacia de expresión patética. No lo estimo justo. Este paso, tan prematuro y ya tan firme, era necesario para llegar a aquella furiosa y trágicamente malograda primera plenitud que, ¡ay!, no había de tener segunda.

Aunque son varias las menciones que Gerardo Diego hace de Miguel en diferentes lugares de sus *Obras completas* (y entre ellas cabe reseñar la que lo incorpora como uno de los autores más significativos de la poesía taurina, autor de una elegía dedicada a Ignacio Sánchez Mejías²⁰ o comentando el soneto “Silencio de metal triste y sonoro”²¹, cuyos versos había recordado en el artículo de *Perito en lunas*, como hemos señalado), destacamos el comentario de texto que incluye en su artículo “Blanco y verde”, publicado en el diario *ABC*, el 2 de abril de 1974, y dedica al soneto de Miguel “Rosa de almendra”²²:

Propósito de espuma y de ángel eres,
víctima de tu propio terciopelo,
que, sin temor a la impiedad de hielo,
de blanco naces y de verde mueres.

¿A qué pureza eterna te refieres
con tanta obstinación y tanto anhelo?
¡Ah, sí!, tu flor apunta para el cielo
en donde está la flor de las mujeres.

¡Ay!; ¿Por qué has boquiabierto tu inocencia
en esta pecadora geografía,

párpado de la nieve y tan temprano?

Todo tu alrededor es transparencia,
¡ay, pura de una vez cordera fría,
que esquilará la helada por su mano!

El comentario surge sobre la reflexión del color blanco y del color verde en la poesía. Del “Verde que te quiero verde” de Federico García Lorca, al soneto atribuido a Góngora “A una dama muy blanca vestida de verde”, ha habido en la poesía ejemplos en los que estos dos colores se han puesto en relación. Pero ninguno como el de Miguel Hernández, que Gerardo Diego reencuentra en un libro de Vicente Ramos que está leyendo en ese momento. El comentario de texto no puede ser más ejemplar, ilustrativo y propio de un degustador de la poesía tan fino y tan certero como Gerardo Diego:

Es obra de extrema juventud, pero no por ello menos hermandina. Suyo tenía que ser para el olfato crítico de un hipotético investigador que se lo encontrase sin indicio alguno de autoría. Para nada veo yo en el soneto que se titula “Rosa de almendra”, rasgo lorquiano. Si acaso, albertino, “Párpado de la nieve, y tan temprano” podría ser firmado por el poeta del Puerto. En cambio, el maravilloso “de blanco naces y de verde mueres” suscita en seguida el recuerdo de Lope.

Quedan otros endecasílabos, los más que no pueden ser de otros que de Miguel. Así como su alusión, de adolescente católico, a que “tu flor —la del almendro en el enero o febrero oriolano— apunta para el cielo / en donde está la flor de las mujeres”. El tema es clásico en la poesía universal y tratadísimo por nuestros clásicos. Una antología de la flor helada del almendro sería muy instructiva y deleitosa. Pero el “boquiabierto tu inocencia” no puede ser de nadie sino del poeta de *El silbo vulnerado*; el “víctima de tu propio terciopelo” el delicadísimo y bien suyo también y nada digamos del bellísimo terceto de poeta y de pastor en donde se remonta a la altísima cima de su propia poesía, tan abundante y nevada de sierras humanas y divinas.

Seguiríamos señalando uno por uno todos los versos, pero mejor es dejarlos fluir con su ritmo musical, su deslumbrado resplandor de sol sobre los huertos de invierno impaciente y de naciente primavera, su sentidísima moralidad que para nada daña a la plenitud y triunfo de la emoción poética.

Muy reveladora es también la presencia de Miguel Hernández en Vicente Aleixandre. Agustín Sánchez Vidal²³ resumió, en su biografía del poeta de Orihuela, las magníficas relaciones y la gran amistad que hubo entre ambos escritores, que se conocieron el día 23 de septiembre de 1935, cuando Miguel pidió a Aleixandre un ejemplar de *La destrucción o el amor*, y relaciona la afectividad de los encuentros constantes desde esa fecha y en los años siguientes, incluso durante la Guerra Civil. Como es sabido, fruto de la admiración de Miguel hacia Aleixandre es uno de sus mejores poemas, la “Oda entre mar y arena a Vicente Aleixandre”, en la que le imagina, como recuerda Sánchez Vidal, “en un ambiente telúrico, como un desterrado del gigantesco latido cósmico del océano”. Justamente este poema ha sido considerado como uno

de los pasos definitivos de Miguel Hernández en el abrazo de la escritura surrealista. De hecho Andrew P. Debicki ²⁴, en un artículo en el que trazaba la trayectoria surrealista de Miguel, considera este poema fundamental:

Desarrolla una historia mítica de este poeta, que se configura como hijo del mar condenado a un destierro en la tierra, pero finalmente recogido de nuevo en el mar y compenetrado con sus elementos. Esta historia da motivo a una profusión de imágenes visionarias, desarrolladas en versos de mayor extensión (aunque predomina el endecasílabo); el poema evidentemente refleja el estilo de *La destrucción o el amor*.

Las relaciones continuarían y, en 1937, Miguel le dedicaría con extenso texto su libro *Viento del pueblo*. Estamos en plena Guerra Civil, y Miguel, como el mismo Aleixandre relataría en uno de sus numerosos textos sobre el poeta oriolano, lo visitaría e, incluso, en tiempos de penuria, le llevaría a casa frutos de su huerta, como naranjas. El texto de Miguel es emotivo y muy interesante como muestra de su concepto de la poesía como poeta en la guerra y también como poeta que se nutre de sus maestros en este momento: Vicente Aleixandre y Pablo Neruda ²⁵:

Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar sopladados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a ti, a mí, a varios, hacia el pueblo. El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo.

Y son varios, como ya hemos indicado los textos en los que Vicente Aleixandre se ocuparía de Miguel Hernández. El primero, desde luego, un extenso y espléndido poema, publicado por primera vez en el número 2 de *Cuadernos de las horas situadas*, editados en Zaragoza por José Manuel Blecuá, en 1948, e incluido, con el discreto título de “Elegía”, en la primera edición de *Nacimiento último*, publicado en Madrid en 1953. El título del poema fue en principio, y así figura en *Obras completas*, “En la muerte de Miguel Hernández” ²⁶:

I

No lo sé. Fue sin música.
Tus grandes ojos azules
abiertos se quedaron bajo el vacío ignorante,
cielo de losa oscura,
masa total que lenta descende y te aboveda,
cuerpo tú solo, inmenso,
único hoy en la Tierra,
que contigo apretado por los soles escapa.
Tumba estelar que los espacios ruedas
con sólo él, con su cuerpo acabado.
Tierra caliente que con sus solos huesos
vuelas así desdeñando a los hombres.
¡Huye! ¡Escapa! No hay nadie;
sólo hoy su inmensa pesantez da sentido,

Tierra, a tu giro por los astros amantes.
Sólo esa luna que en la noche aún insiste
contemplará la montaña de vida.
Loca, amorosa, en tu seno llevas,
Tierra, oh Piedad, que sin mantos le ofreces.
¡Oh soledad de los cielos! Las luces
solo su cuerpo funeral hoy alumbran.

II

No, ni una sola mirada de un hombre
ponga su vidrio sobre el mármol celeste.
No le toquéis. No podríais. Él supo,
solo él supo. Hombre tú, solo tú, padre todo
de dolor. Carne sólo para amor. Vida sólo
por amor. Sí. Que los ríos
apresuren su curso: que el agua
se haga sangre, que la orilla
su verdor acumule: que el empuje
hacia el mar sea hasta ti, cuerpo augusto,
cuerpo noble de luz que te diste crujiendo
con amor, como tierra, como roca, cual grito
de fusión, como rayo repentino que a un pecho
total único del vivir acertase.

Nadie, nadie. Ni un hombre. Esas manos
apretaron día a día su garganta estelar. Sofocaron
ese caño de luz que a los hombres bañaba.
Esa gloria rompiente, generosa que un día
revelara a los hombres su destino: que habló
como flor, como mar, como pluma, cual astro.
Sí, esconded, esconded la cabeza. Ahora hundidla
entre tierra, una tumba para el negro pensamiento cavaos,
y morded entre tierra las manos, las uñas, los dedos
con que todos ahogásteis su fragante vivir.

III

Nadie gemirá nunca bastante,
Tu hermoso corazón nacido para amar
murió, fue muerto, muerto, acabado, cruelmente acuchillado de odio.
¡Ah! ¿Quién dijo que el hombre ama?
¿Quién hizo esperar un día amor sobre la tierra?
¿Quién dijo que las almas esperan el amor y a su sombra florecen?
¿Qué su melodioso canto existe para los oídos de los hombres?

Tierra ligera, ¡vuela!
Vuela tú sola y huye,
Huye así de los hombres, despeñados, perdidos,
ciegos rastros del odio, cataratas de cuerpos
cruels que tú, bella, desdeñando hoy arrojas.

Huye hermosa, lograda,
por el celeste espacio con tu tesoro a solas.
Su pesantez al seno de tu vivir sidéreo
da sentido, y sus bellos miembros lúcidos para siempre
inmortales sostienes para la luz sin hombres.

La excelente elegía de Aleixandre, que parte de la figuración o representación del poeta muerto con los ojos abiertos, lo pone inmediatamente en relación con las fuerzas telúricas de la naturaleza, fundamentalmente la Tierra que es invocada en el poema. La figura del poeta mártir sufre la persecución de los elementos contrarios mientras invita al poeta a huir de esos elementos contrarios, que sofocaron su manantial y su voz. Con una riqueza simbólica de una gran expresividad y también con numerosas imágenes visionarias, Aleixandre imprime el sentido de la tragedia en este canto de terror ante el crimen y ante la muerte, que se han llevado al poeta del amor.

Otros textos, en prosa, dejó escritos Aleixandre sobre Miguel Hernández contando anécdotas como la del encuentro y entrega de *La destrucción y el amor*, como las visitas en guerra, cuando Aleixandre enfermo permanecía en cama, y Miguel le llevaba el preciado regalo de unas naranjas de su tierra. Y junto a las anécdotas, de nuevo la imagen personal el recuerdo en la memoria del amigo ido, inolvidable ²⁷:

Era puntual, con puntualidad que podríamos llamar del corazón. Quien lo necesitase a la hora del sufrimiento o de la tristeza, allí le encontraría, en el minuto justo. Silencioso entonces, daba bondad con compañía, y su palabra verdadera, a veces una sola, haría el clima fraterno, el aura entendedora, sobre la que la cabeza dolorosa podría reposar, respirar. Él, rudo de cuerpo, poseía la infinita delicadeza de los que tienen el alma no sólo vidente, sino benevolente. Su planta en la tierra no era la del árbol que da sombra y refresca. Porque su calidad humana podía más que todo su parentesco, tan hermoso con la Naturaleza.

Y, sobre todo, la bondad, la bondad personal de quien era todo asombro y amistad, para volver al recuerdo de la muerte con los ojos abiertos:

Era confiado y no aguardaba daño. Creía en los hombres y esperaba en ellos. No se le apagó nunca, no, ni en el último momento, esa luz que por encima de todo, trágicamente, le hizo morir con los ojos abiertos.

No son menos interesantes las palabras de Luis Cernuda sobre Miguel Hernández, siempre tan severo y riguroso como crítico de sus contemporáneos. Las escribió el poeta sevillano para su interesante libro *Estudios sobre la poesía española contemporánea*, que publicaría en 1957. La poesía de Miguel es para Cernuda objeto de atención y de juicio en general positivo, y, sin duda, muy acertado en su objetividad. Tras referirse a una anécdota de un crítico inglés que consideraba a Miguel Hernández un pastor que dejó su rebaño para coger el fusil en la guerra, y aprovechar la anécdota para censurar la visión esteticista de los ingleses, se refiere naturalmente a sus raíces como poeta ²⁸:

su folklorismo latente, como ocurre con frecuencia entre nosotros, llevaba y aliaba consigo una tendencia barroca, nutriendo ese instinto con la lectura de los poetas del XVII, lectura que debió hacer o rehacer, según parece para ayudar a José María de Cossío en la obra *Los Toros en la Poesía Española*. Dos amistades e influencias actúan sobre él, contrarrestando el folklorismo y barroquismo básicos y dando a su verso mayor libertad. A Lorca también debió algo en visión y en emoción, y a los poetas del XVII (más que a los del XVI o primitivos), cuyas formas poéticas usa de preferencia, con giros y expresiones aprendidas de ellas.

Y pone, como ejemplo de la influencia de Quevedo, el poema “Sino sangriento”, sobre todo en la expresión “andamio de huesos”. Para Cernuda, la pasión está viva en los versos de Hernández, al contrario de lo que ocurría con Salvador Rueda:

La pasión avasalla sus versos, los inflama y contagia al lector, haciéndole olvidar y disculpar sus defectos; porque su juventud truncada, dolida, entusiasta, añade ahí algo de humano al valor poético, situándolo en claroscuro dramático, al menos para nosotros que fuimos contemporáneos del autor.

Y vuelve a poner ejemplos del poema “Sino sangriento”, a relacionar su poesía de sentimiento con la de Unamuno, la de León Felipe o la de Moreno Villa, poeta de sentimiento sobre todo cuando, preso y sin esperanzas de libertad, escribía poesía de lo más desnuda. Para Cernuda, Hernández contaba, y hasta en exceso, con todos los dones más primarios del poeta y asegura que, de haber vivido, posiblemente no hubiera adquirido los dones del artista que a Cernuda le parecen complementarios. Era fogoso y de retórica pronta, como Zorrilla, Rueda, Villaespesa, y acaso Lorca, cada uno de manera distinta. El ejemplo contrario lo representaría Garcilaso de la Vega.

Como vemos, las atenciones de Cernuda hacia Miguel Hernández eran rigurosas y severas, pero no ocultaban un afecto y un respeto hacia su creación poética, raros en el poeta sevillano, tan alejado, desde luego, del tipo de poesía que Miguel creaba.

Para terminar estas aproximaciones al poeta, cerramos esta intervención con la referencia al temprano poema escénico que Rafael Alberti le dedicara en 1942 en su libro *Pleamar*. De la relación de Alberti con Miguel Hernández se ha hablado mucho, y posiblemente en la biogra-

fía de José Luis Ferris²⁹, se aclaran definitivamente algunos de los pormenores de esta relación, que investigó tanto el escritor Ramón Pérez Álvarez, cuyos principales artículos han sido recogidos recientemente en un libro³⁰. En el trasfondo de esa historia está, sin duda, la famosa bofetada que propinó María Teresa a Miguel un día, en la Alianza Antifascista, en el que el poeta oriolano, que pasaba las jornadas en el frente de Madrid, se permitió censurar la cómoda vida de los que se quedaban en los despachos. La relación final con Alberti y María Teresa León fue, en efecto, muy difícil, porque, mientras Miguel Hernández estaba en los frentes, ellos, desde los despachos, dirigían la lucha antifascista; pero una noche, en que habían organizado una fiesta, Miguel se enfrentó de forma valiente y vehemente con los dos, hasta el punto que María Teresa, sintiéndose insultada por el espontáneo Miguel Hernández, le sacudió una tremenda bofetada que le hizo caer al suelo.

Ello no fue óbice, sin embargo, para que Alberti escribiera un emotivo poema, la “Égloga fúnebre a tres voces y un toro para la muerte lenta de un poeta (1942)”, dedicada “A la memoria de Miguel Hernández”, en la que comparecen tres voces, la de Antonio Machado, la de Federico García Lorca y la de Miguel Hernández, y que recoge, como ha sido referido, su libro *Pleamar*. Con algunos de sus últimos versos, en la voz de Miguel, ya cerramos nuestra intervención³¹:

Que avisen pronto a mi casa.
Tengo que arar la madrugada.

Varón, varoncito grande.
Que a él no le digan que lo saben.

Paloma revoladora.
¿Aire, que vuela ya la sombra!

Mordidos suelos helados.
Tengo que hablarle pronto al campo.

Vara de nieve en los huesos.
... que conversar con el almendro.

Sangre que ni cama tienes.
... gavillar ramos de laureles.

Ni dormir ni despertarse.
Adonde quieras tú llevarme.

La vida de un poeta contemporáneo en pocos casos es tan interesante para comprender su obra como en el de Miguel Hernández, cuya trayectoria existencial desde orígenes escasamente cultivados hasta un final patético, pasando por espacios de autoformación cultural y de compromiso político activo, tanto ha llamado la atención de los numerosos estudiosos que a su obra se han aproximado. Poeta excepcional, de gran fuerza y vitalidad juvenil mantenida siempre,

fue también atento escucha de las novedades literarias más avanzadas de su tiempo, que le capacitaron para crear una poesía innovadora en cuanto a su formación, y personal en lo que a su ejecución se refiere, aunque siempre queda la duda de lo que el futuro de un poeta, muerto a los treinta y un años, podía habernos deparado. Porque lo que está claro es que, si bien logró, como nadie en su tiempo, en el que tantos y tan buenos poetas hicieron su aparición en España, crear un obra personal en las distintas facetas que cultivó, no es menos cierto que su producción comenzaba a madurar cuando sufrió las dos grandes calamidades que la delimitaron y la condujeron por caminos inesperados: la guerra y la cárcel. La muerte, temprana y singularmente cruel, vendría a dar al traste con lo que se ofrecía como gran promesa de la lírica española en la época de mayor esplendor de nuestro siglo.

NOTAS

- ¹ Juan Cano Ballesta, “La renovación poética de los años treinta y Miguel Hernández”, *Symposium*, (Syracuse University), XXII, 1968. También en María de Gracia Ifach (editora), *Miguel Hernández*, Madrid, Taurus, 1975, pp. 130-138.
- ² Agustín Sánchez Vidal, *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*, Barcelona, Planeta, 1992, p. 133.
- ³ Juan Delgado-Pureza Canelo (editores), *Gerardo Diego y la poesía española del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1996, p. 38.
- ⁴ Juan Ramón Jiménez, “Miguel Hernández”, en María de Gracia Ifach (editora), *Miguel Hernández*, cit., p. 17.
- ⁵ *Revista de Occidente*, diciembre de 1935.
- ⁶ José Carlos Rovira, “Aspectos de la formación del lenguaje poético”, en Serge Salaün-Javier Pérez Bazo, *Miguel Hernández. Tradiciones y vanguardias*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996, pp. 69-78.
- ⁷ Juan Cano Ballesta, “Jorge Guillén and the Young Poets of the Twenties and Thirties”, en K. M. Sibbald (editora), *Guillén at McGill. Essays for a Centenary Celebration*, Ottawa, Dovehouse Editions, 1996, pp. 135-154, y “Presencia viva de Jorge Guillén en la joven poesía de entreguerras”, *Letras de España Contemporánea. Homenaje a José Luis Varela*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995, pp. 47-58.
- ⁸ *Verso y Prosa (Boletín de la joven literatura) (Murcia, 1927- 1928)*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Murcia, Chys Galería de Arte, 1976.
- ⁹ Jorge Guillén, *Aire nuestro. Cántico*, edición de Francisco J. Díaz de Castro, Madrid, Anaya-Mario Muchnik, 1993, p. 91.
- ¹⁰ Ver Francisco Javier Díez de Revenga, *Revistas murcianas relacionadas con la generación del 27*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1979.
- ¹¹ Recogido en Jorge Guillén, *Obra en prosa*, edición de Francisco J. Díaz de Castro, Barcelona, Tusquets, 1999.
- ¹² Jorge Guillén, *Aire nuestro. Y otros poemas*, edición de Francisco J. Díaz de Castro, Madrid, Anaya-Mario Muchnik, 1993, p. 325.
- ¹³ Jorge Guillén, *El poeta ante su obra*, edición de Reginald Gibbons y Anthony Leo Geist, Madrid, Hiperión, 1980. Recogido en *Obra en prosa*, cit., pp. 797-798.
- ¹⁴ Pedro Salinas-Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, edición de Andrés Soria Olmedo, Barcelona, Tusquets, 1992, p. 293.

- ¹⁵ Pedro Salinas-Jorge Guillén, *Correspondencia* (1923-1951), cit., p. 297.
- ¹⁶ José Carlos Rovira, “Aspectos de la formación del lenguaje poético”, cit., p. 76.
- ¹⁷ *Caracola*, 96-97 (Málaga), (octubre-noviembre, 1960); *Insula*, 168 (Madrid) (noviembre 1960); *Cuadernos de Ágora*, 49-50 (Madrid) (noviembre-diciembre 1960).
- ¹⁸ Gerardo Diego, *Obras completas. Prosa. Prosa literaria*, edición de José Luis Bernal, Madrid, Alfaguara, 2000, vol. VIII, pp. 554-556.
- ¹⁹ María de Gracia Ifach (editora), *Miguel Hernández*, cit., pp. 181-183. Con una sola y curiosa variante respecto a los textos de *Cuadernos de Ágora* y *Obras completas*. En éstos se dice: “se acababa de imprimir en enero del 33 en la capital de la región, si no de la provincia, Murcia”. Y en *Miguel Hernández*, queda corregido así: “se acababa de imprimir en enero de 1933, en Murcia”.
- ²⁰ Gerardo Diego, “Ignacio, en Manzanares”, (*ABC*, 9-VII-1968), *Obras completas. Prosa. Memoria de un poeta*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Madrid, Alfaguara, 1997, vol. V, p. 331.
- ²¹ Gerardo Diego, “El toreo y los escritores”, conferencia inédita, 1957, *Obras completas. Prosa. Memoria de un poeta*, vol. V, cit., pp. 403-404.
- ²² Gerardo Diego, *Obras completas. Prosa. Prosa literaria*, vol. VIII, cit., pp. 1184-1186.
- ²³ Agustín Sánchez Vidal, *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*, cit., pp. 161-164.
- ²⁴ Andrew P. Debicki, “Miguel Hernández y el surrealismo”, *Hispanic Review*, 58, 1990, pp. 487-501.
- ²⁵ Miguel Hernández, *Obra completa*, edición de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Espasa Calpe, 1992, vol. I, p. 550.
- ²⁶ Vicente Aleixandre, *Obras completas*, edición de Alejandro Duque Amusco, Madrid, Visor, 2001, vol. I, pp. 633-635. Ver nota editorial en p. 1521.
- ²⁷ Vicente Aleixandre, “Evocación de Miguel Hernández”, *Obras completas*, vol. II, cit., pp. 211-213.
- ²⁸ Luis Cernuda, *Estudios sobre la poesía española contemporánea, Obra completa. Prosa 1*, edición de Derek Harris y Luis Maristany, Madrid, Siruela, 1994, pp. 245-246.
- ²⁹ José Luis Ferris, *Miguel Hernández, pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de Hoy, 2002, p. 345 ss.
- ³⁰ Ramón Pérez Álvarez, *Hacia Miguel Hernández*, edición de Aitor L. Larrabide y José Luis Zerón, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2003.
- ³¹ Rafael Alberti, *Pleamar. Obras completas*, edición de Luis García Montero, Madrid, Aguilar, 1989, vol. II, pp. 185-198.